

La repentina luz del rayo de aquella tormenta de verano que se alejaba me sobresaltó, me asustó e iluminó aquella blanca tapia encalada que no había visto hasta entonces. A mi espalda se veían las luces de Judes a unos doscientos metros que parecían doscientos años luz y a mi frente se adivinaba en la oscuridad la forma de la tapia que, pese a haber sido brevemente iluminada, permanecía clara en mi retina.

Y allí, en medio, entre la luz y la sombra, envuelto en la oscuridad de una noche sin luna ni estrellas, mojado por fuera y helado de miedo por dentro, estaba yo preguntándome qué hacía solo en aquel solitario paraje en aquella solitaria noche.

El pueblo que estaba a mi espalda, Judes, es un pequeño y perdido pueblo de la geografía castellana. Tan pequeño, perdido y deshabitado que he desistido de mi primer impulso de ocultar su verdadero nombre expresándolo con una sigla o incluso con uno falso de similar fonética porque habría sido en vano ocultar esta verídica historia a los pocos que la conocen y que conocen este pueblo que, fuera del verano, es casi un pueblo fantasma.

Sin embargo esta historia, mi historia, aconteció en esta cálida estación en la que el pueblo revive gracias a los veraneantes, hijos, casi todos ellos, del pueblo que tuvieron que emigrar lejos de su lugar de nacimiento en los difíciles años cincuenta y sesenta.

Mi familia era una excepción a esta norma. Ni yo, ni mis padres, ni mis abuelos habíamos nacido aquí. Nosotros somos todos de la capital, Soria, pero por una extraña serie de coincidencias, que no vienen al caso, nos hicimos propietarios de una casa del pueblo y el encanto de Judes, la belleza de sus alrededores y la hospitalidad de sus vecinos nos embrujó y nos atrapó convirtiéndonos en unos veraneantes más desde hacía tres años.

Estábamos en fiestas. En la plaza del pueblo hacía escasos treinta minutos los músicos de la banda encargados de amenizar el baile aquella noche habían tenido que abandonar precipitadamente los remolques de tractor que servían de escenario todos los

años ante una repentina, violenta y desgarradora tormenta de verano que combinaba su espectacular y sonoro aparato eléctrico con una increíble tromba de agua.

Los músicos y la mayor parte de los vecinos que bailaban en la plaza se refugiaron en el único bar, el teleclub, otros en las casas de los alrededores y nosotros, mis colegas y yo, en nuestra peña, cuyo local había sido antaño la carnicería.

Nunca lo había pensado, pero nuestra peña, como ya he dicho, la antigua carnicería, estaba enfrente de las antiguas escuelas, en la misma calle que la antigua casa del cura, calle que nacía en la plaza, a la altura de la antigua casa del médico y moría en el Pairón, pronunciada cuesta que separa el Barrio Alto del resto del pueblo, al lado mismo de la antigua fragua, hoy acondicionada para otra de las peñas. Y es que en Judes, como buen pueblo fantasma, todos los locales públicos, iglesia excluida, habían sido desposeídos de su antigua función para ser reconvertidos algunos de ellos en viviendas y otros, simplemente, abandonados.

Pero esto tampoco viene a cuento de esta historia. Lo que sí viene a cuento es que estábamos a oscuras, porque la tormenta había disparado los fusibles de la casa a la que conectábamos la electricidad del local, sentados todos en los improvisados asientos de que disponíamos y bebiendo de la tinaja de sangría que habíamos preparado para alegrarnos las fiestas.

Un segundo rayo iluminó de nuevo la tapia que ya me atraía con un sobrenatural magnetismo descubriéndome entonces su forma completa que no era, como es de imaginar, de una tapia aislada sino que cerraba un recinto rectangular, de altura uniforme excepto en la parte central de uno de los lados mayores donde una prominencia en forma de arcada dejaba adivinar una puerta de forja y que encerraba una oscura porción de terreno que, a la

luz del día, hubiera quedado a mi vista merced a lo elevado del terreno donde me encontraba.

Entre sorbo y sorbo de la sangría y medio aletargados por los vapores del alcohol alguien, no sé quién, de los compañeros de la peña propuso:

—¿A que nadie tiene valor para volver ahora donde hemos merendado y traer lo que hemos dejado?

Obviamente no fue valor el término que se empleó sino un sinónimo más propio de la jerga juvenil y lo que habíamos dejado eran unas botellas de güisqui, que por la tarde a ninguno nos había apetecido recoger, restos de la merienda campestre que en el Llano Sabinar, paraje próximo al pueblo, habíamos celebrado.

—¡Por un talego yo voy!—dije.

—Hecho—me contestó alguien.

Y por esa brabuconada me encontraba en tal paraje. Había subido por el Pairón siguiendo la carretera y en la cima de la cuesta, en vez de seguir el discurrir del asfalto, había tomado por en medio de unas eras siguiendo por un camino, que nunca había andado y que, tras bajar a una ligera depresión que quedaba oculta a la vista desde la carretera, se dirigía sin el rodeo de la carretera al paraje donde habíamos dejado abandonadas la tarde anterior el néctar escocés que había de recuperar. El aire fresco y el ambiente húmedo que la tormenta había dejado hizo despejar el principio de borrachera que padecía al salir del pueblo estando en ese momento, se podría decir, en casi total lucidez y completa e irracionalmente asustado.

Y es por todo esto que me encontraba con los pies clavados al suelo frente a la puerta de la blanca cerca que jamás hasta entonces había visto y que malsanamente me

hipnotizaba en este momento sin saber qué fuerza me había transportado desde el borde del camino que seguía hasta la hondonada donde me encontraba.

Del pueblo, allá a lo lejos, como desde otro mundo, llegaron hasta mis oídos, desfiguradas y entremezcladas, las notas discordes de la orquesta que, tras la tormenta, habría vuelto a retomar el baile. Del reloj digital de mi muñeca dos cortos pitidos me indicaban que era medianoche y desde algún lejano lugar, ya que la creciente ruina del campanario de la iglesia de Judes había aconsejado descolgar sus campanas, se escurrían como una sedosa bruma el lúgubre tañido de unas inexistentes campanas.

En aquel momento no tuve tiempo de pensar que no había ningún pueblo cercano y que, hasta donde yo sabía, ninguno de los campanarios de los pueblos de los alrededores daban las horas.

Y no tuve tiempo de pensar en ello porque un nuevo destello en el cielo me iluminó esta vez, no solo el exterior, sino el interior vedado de aquel recinto. El flash en el cielo quedó como congelado durante interminables instantes y el reflejo de su luz sobre las formas del interior del cercado durante una eternidad. Las cruces y lápidas de los panteones y las tumbas devolvían un mortecino fulgor, nunca mejor empleado el epíteto.

¡Cielos! Aquel recinto que nunca había visto era el cementerio.

Nunca, en los tres agostos que llevaba veraneando en Judes, me había percatado de que no sabía dónde se encontraba el cementerio. Y es que pese a que, al igual que ocurre en todos estos pueblos serranos, la media de edad de los residentes es elevada, en aquel pueblo parecía que no se moría nadie. Claro yo no conocía a prácticamente ninguno de los mayores del pueblo y, por supuesto, no volvía nunca en el resto del año.

Pero verano tras verano parecía que todas las caras del año pasado seguían allí, en la

misma viga de madera a modo de banco, observando el arco del sol sobre los tejados de la iglesia. Ninguna faltaba. Lo dicho, parecía que allí no moría nadie.

Supongo que habría vuelto a llover, porque me encontraba mojado, sin embargo los sentidos me habían abandonado, o mejor, habían cambiado su funcionamiento. Su percepción de la realidad estaba modificada, distorsionada. No sentía la lluvia caer pero sentía mi cuerpo mojado. No oía las gotas de agua sobre la blanda tierra pero seguía oyendo aquellas lejanas campanas que seguían marcando unas interminables doce horas de una fantasmagórica medianoche. Ya no veía el Llano Sabinar, la meseta arbolada de sabinas, vetusta conífera en vías de extinción que poblaba los montes de aquella zona, donde habían merendado y meta de esta última —¿por qué había dicho última?— aventura. Ni tampoco veía el pueblo, ni el camino que no sabía qué fuerza me había hecho abandonar. Solo veía el blanco muro, su irrealmente iluminado interior, una bruma azulada que lo envolvía todo y, a la luz de un nuevo rayo de la cada vez más alejada tormenta, el cadavérico rostro del personaje que misteriosamente había aparecido a mi costado.

Esta vez el sobresalto me hizo gritar.

—¿Quién es usted?—pregunté tratando de dominar el temblequeo de mis rodillas que amenazaba con desplomar mi cuerpo a tierra.

—Soy Choan, el enterrador.

Era alto y extremadamente delgado. Tenía los miembros anormalmente largos y doblados en un imposible gesto. La cara pálida, las manos huesudas y apenas unos mechones de pelo mal pegados a la amarilla piel de las sienes. Casi desdentado y con un ojo completamente cerrado, su figura, cubierta con unos viejos pantalones de pana negra remendada, un chaleco del mismo material, color y estado sobre una camisa extrañamente blanca, desabotonada y remangada, daba una mezcla incoherente de miedo y pena a la vez.

Su voz, por contraste, era cálida y armoniosa e infundió sobre mi ánimo una más irracional calma y sosiego que el miedo que lo sobrecogía antes.

—La verdad es que no había oído a nadie del pueblo hablar de usted—le dije.

—Desde lo de la maldición nadie habla ni conmigo ni de mí—me contestó.

Con un gesto me indicó que aquella era una larga historia, con la vista me señaló dos piedras junto a la pared sobre las que nos sentamos. Yo, a mi vez, saqué un paquete de cigarrillos y mi mechero de gasolina y nos encendimos sendos pitillos, quedando paquete y encendedor entre ambos para ser nuevamente usados si la longitud del relato así lo requería.

“Llegué al pueblo al poco de terminar la Guerra Civil—comenzó él y yo recuerdo que pensé “no parece tan viejo” pero no le di mayor importancia— mendigando comida y me ofrecieron algo que no podía ni imaginar ni rechazar: me ofrecieron una vivienda a cambio de cuidarla y trabajar el huerto que llevaba adosado.

Con solo esto podía subsistir, así que abandoné mi mendicidad y me afiqué en este pueblo donde comencé a desempeñar los oficios que nadie quería realizar, entre ellos el que al final he conservado: el de enterrador.

Fue tras mi segundo trabajo cuando por primera vez oí hablar de la maldición: el que respira el aliento del muerto es el siguiente en morir. No pude reírme en ese momento porque nos encontrábamos en medio del funeral, pero más tarde, ya solo en casa, tuve que soltar una riada de carcajadas.

Varios años después, ya completamente olvidado el comentario anterior, murió en el pueblo una hermosa joven. Como para todos los difuntos, requirieron mi ayuda para vestirla y prepararla para su última ceremonia. La enfermedad había sido tan repentina que no había arruinado ni un ápice su belleza. En un momento en que me quedé a solas con el cadáver la vida que despedían sus carnosos labios pintados me atrajo en un irreflexivo acto

y la besé. En ese momento, merced a algún mecanismo que desconozco, del interior de la belleza muerta sonó como el suspiro que se escapa de un fuelle de avivar el fuego y un sabor como a yesca quemada inundó mis papilas.

Me asusté tanto que acabé precipitadamente mi trabajo y bajé a gastar su remuneración en la taberna. Allí, con el compadre con el que más confianza tenía, confesé mi acto y sus consecuencias y a partir de ese momento se corrió el bulo de mi maldición y me hicieron el vacío.

Desde entonces vago por estos parajes donde nunca me encuentro a nadie.”

Acompañando a estas últimas palabras dio una amplia calada para terminar de consumir la colilla de su cigarro, apagó ésta delante suyo y exhaló la bocanada filtrada por sus pulmones sobre mi rostro. Yo, no sé por qué, la aspiré. Tenía un color extraño y olía como a butano.

La figura de Choan desapareció como convirtiéndose en un humo azul verdoso que se colaba por entre los retorcidos barrotes de la puerta del camposanto.

Yo me quedé allí absorto, con la vista fija en el paquete y el mechero que había abandonado a mi lado preguntándome cómo no había amanecido todavía, por qué no se levantaba esta extraña niebla y por qué no dejaban de doblar las campanas.

\* \* \* \* \*

—Ni rastro, mi sargento.

Las destelleantes luces del coche de la patrulla de la Guardia Civil que había coordinado la búsqueda del muchacho golpeaban la mortecina luz del atardecer en el pueblo.

—Las botellas que había salido a buscar han aparecido donde las dejaron ayer por la tarde—informó el número al suboficial—solo han aparecido este paquete de tabaco y este mechero que sus amigos y familiares han reconocido como del desaparecido. En ese mismo lugar, la puerta del cementerio, hemos hallado restos de dos colillas claramente fumadas por diferentes individuos. Pero ni rastro del muchacho ni del supuesto acompañante. La zona ha sido peinada y no hay cuevas ni sitios donde ocultarse.

—Parece extraño—dijo el grasiento sargento mesándose la barba—pero— continuó adoptando el tono pedante de un experimentado policía—aparecerá, seguramente muerto.

\* \* \* \* \*

¿Por qué no cesa esta eterna noche? ¿Por qué no se silencian esas campanas? ¿Por qué no se levanta esta extraña bruma?

¿Por qué no amanece ya...?